

LA LEYENDA DE LA CUEVA DEL MONJE

Pablo García García

Una cueva, un monje, un pacto y el diablo son los ingredientes perfectos para que una leyenda vaya pasando de boca en boca, de generación en generación. La que les voy a narrar a continuación quizás sucedió o quizás no. Puede que sea real o simplemente una fantasía, como muchas otras, adaptada al medio físico en el que vivimos. Verdaderamente, no lo sé.

Esta historia surgió allá por el siglo XVI y fue recogida por un escritor a finales del XIX. Tal vez por algún autor de la corriente "Romántico española", caracterizada por la pasión a lo fantasmagórico y sobrenatural. Hoy llega a mis manos para poderse la contar, y probablemente ustedes se la cuenten a sus hijos. O tal vez sus nietos descubran éste periódico entre los enseres de sus abuelos para trasmitírselo a sus progenitores, pero ni ellos ni nosotros sabremos qué sucedió realmente con aquel monje.

Nuestra leyenda tiene como principal protagonista a Tomás Segura, un lugareño, un trabajador y un desgraciado que quedó arruinado en el intento de salvar a su mujer de la muerte. No lo consiguió y enviudó allá por 1.550. Su desesperación le hizo tomar la decisión de suicidarse. Segura se adentró en el pinar con la intención de acabar con su vida, mientras el aire frotaba las hojas de los árboles que silbaban agudamente. El sol se escondía dando paso a la noche. De pronto, un destello sorprendió al bueno de Tomás y frente a él apareció la silueta de un hombre cubierto con vestimentas oscuras y rodeado de una luz cegadora. Nuestro protagonista se quedó perplejo, no entendía lo que estaba pasando, pero sin duda alguna, aquel hombre de negro, con ojos verdes brillantes era el diablo.

Según cuentan, Lucifer se dirigió a Tomás, proponiéndole un trato; le concedería juventud, oro y diversión si pasadas tres décadas volvían a verse en ese mismo lugar. T. Segura le preguntó: ¿qué tendría yo que darte a cambio?, respondiendo el diablo de la siguiente manera: el precio de tantas virtudes y abundancias, será tu alma.

Aquél viudo tendría que entregar, pasados treinta años, su alma al diablo si quería formalizar el trato. Tomás accedió, su desesperación le llevó a pactar con el demonio, quien quitándose un diente negro y brillante como un azabache, lo arrojó al suelo. Un trueno sonó haciendo temblar el bosque. Aquel infernal hombre dijo que ese diente sería la firma de su contrato y que le serviría al lugareño para encontrar el sitio exacto donde acudir, vencido el plazo, para entregar su alma.

A la mañana siguiente en aquel lugar había una gran piedra con forma de pirámide. Los leñadores aseguraban verla por primera vez. Es lo que hoy conocemos como "Diente del diablo".

El tiempo fue pasando, los años transcurrían y pronto llegaría el final de las tres décadas concedidas.

Por aquél entonces, era muy conocido el padre Arcadio, un viejo monje de barba blanca que causaba admiración por sus actos de buena voluntad, incluso algunos llegaron a afirmar que era un santo. Su vida estaba dedicada a ayudar al prójimo.

Un día de primavera, en el que Peñalara lloraba su deshielo, Arcadio se dirigió al convento de frailes que existía en La Granja para conversar con el padre prior. Nadie supo de qué hablaron, pero bien parece cierto, que alas pocas semanas los monjes de San Ildefonso caminaban en procesión por el pinar, recorriendo el mismo sendero que siguió Tomás Segura cuando intentó suicidarse. Los religiosos portaban antorchas y cirios que resplandecían en la oscuridad. Los frailes cantaban a coro. El silencio de la noche se rompía con sus melodiosas voces. Pronto llegaron a una enorme explanada. En ella había una gran piedra sostenida a su vez por otras dos rocas más pequeñas formando una cueva. Allí esperaban un fraile y un aldeano que flanqueaban el cuerpo de un anciano tendido sobre un lecho de hojas secas. El padre prior se adelantó a su séquito y se adentró en la gruta situándose ala cabecera de aquél viejo moribundo. El coro continuó con sus oraciones hechas en forma de canto gregoriano mientras el anciano comenzó a hablar: "La muerte me acecha, padre. He sido un pecador. Yo era un lugareño de éstos parajes que dediqué mi vida al trabajo y a mi esposa, por la que luché para que Dios no se llevase a su lado. Mi desconsuelo fue tal, que intenté quitarme la vida. Como ve, no lo hice, pero actué de peor manera, ya que vendí mi alma al diablo. En poco tiempo me convertí en un joven con riquezas, al que no había mujer que se resistiera a mis vicios."

Aquel hombre hizo una pausa en su relato ala vez que sus ojos se humedecían de lágrimas que resbalaban por sus mejillas perdiéndose en su cuello.

"Mas tarde conocí a una bella joven llamada Lelia. Ella jamás sucumbió a mis encantos y me dijo que prefería morir antes que concederme su amor y su cuerpo. Yo por aquellos tiempos tenía grandes influencias y la denuncié ala Sta. Inquisición acusándola de brujería. Aquella joven, a la que cada día amaba más, acabó en la hoguera gritando a los cuatro vientos su inocencia mientras las llamas comenzaban a carbonizar sus ropas. Padre, desde aquel día mis remordimientos eran cada vez mayores y desde entonces decidí implorar a Dios. Me retiré a éstos pinares para orar y cumplir con mis penitencias por todos los pecados que he cometido. Me dediqué de lleno a ayudar a las gentes del pueblo, a los leñadores, a los gabarreros:"

El moribundo dejó de hablar unos minutos, su fatiga no le permitía continuar con su confesión. Tras un golpe de tos aquel viejecito continuó: "Necesito su ayuda, sus auxilios, rogar al Señor por mí."

El anciano frenó su plegaría y sus ojos se quedaron fijos en un punto. El hombre llorando gritaba: "Allí está, allí está", entonces un enorme murciélago salió de la cueva mientras el enfermo espiraba.

Aquél animal que se perdía en la noche era el mismo Lucifer que venía a por el alma de aquel viejo que no pudo llevarse al verle totalmente cambiado en brazos del bien y del arrepentimiento.

El cadáver que descansaba dentro de la gruta, como habrán podido deducir, era el Tomás Segura al que años más tarde se llamó Padre Arcadio. El monje yacía en el suelo, mientras el padre prior le daba su bendición.

Pronto amaneció y El Padre Arcadio fue enterrado en aquella verde pradera, cerca de la gruta, que desde entonces llamaron "LA CUEVA DEL MONJE".